

errores en que ha incurrido al hablar de las familias que forman el núcleo de las poblaciones de Méjico. patentizando que en moralidad, finura, talento, instrucción, hospitalidad y fino trato, no ceden á las más escogidas de la sociedad de las más cultas naciones. En cuanto á los sacerdotes, no creo que se puedan dar más pruebas de su abnegación, de sus sufrimientos y de la firme creencia de sus ideas religiosas, que las que han estado presentando desde la nacionalización de los bienes de la Iglesia, en que la mayor parte han quedado atendidos á la limosna de los fieles y se visten con la ropa que algunos de sus amigos les proporciona. En cuanto á la instrucción del clero, el señor Domenech vió las lominosas contestaciones dadas por el doctor Arrillaga y otros sabios sacerdotes mejicanos al abate francés Testory, pulverizando los argumentos de este; y debe saber que el expresado doctor Arrillaga, así como un número no corto de prelados y sacerdotes que han sido lustre y ornato de la iglesia mejicana, no estudiaron en San Sulpicio ni en ningún seminario de Francia, sinó en los de Méjico, que estaban á la altura que aquellos. Es imposible que el abate Domenech ignore que los obispos de Méjico, por su instrucción, no ménos que por su moralidad, hicieron un papel brillante en el Concilio.

Muy pocos son los escritores extranjeros que han escrito sobre los últimos acontecimientos de aquel país, que no hayan hablado con igual injusticia de Méjico y de los mejicanos; contándose entre los pocos, el imparcial y juicioso subteniente de artillería D. Alberto Hans, que ha sabido apreciar debidamente las buenas

calidades de los hijos del país. Ese concepto errado y desfavorable de la mayor parte de los expresados escritores, ha provenido de haber visto dividido en continuas guerras civiles, por cerca de medio siglo á los mejicanos; de los ofensivos epítetos que unos á otros se han dirigido los diversos partidos, pintándose mutuamente con los más negros colores, y de la falta de conocimiento del idioma cuando han visitado aquel país, cuyas costumbres y sociedad era imposible que conocieran, cuando sólo trataban con sus compatriotas que habían ido en la expedición, no mejor prevenidos en favor del país.

Nada destruirá más eficaz y prontamente ese errado juicio formado de Méjico por los Estados-Unidos, Inglaterra y Francia, ni nada le hará aparecer más respetable ni más respetada por ellas, que la unión firme de todos los mejicanos. Esta unión se operará fácilmente, si los individuos elevados al poder no ven en los hombres para confiarles cargo alguno, el color político á que pertenecen, sinó al mérito, la honradez y la capacidad para desempeñar el cargo que se les confía; si hacen que se respeten todas las creencias religiosas sin permitir que se zahiera á los ministros de ninguna religión, obligando á que la tolerancia sea un hecho real y no una palabra vana; y si procuran que todos sus actos lleven el sello de la justicia y la mira del bien social.

Termino la obra, dejando dirigiendo la nave del Estado á D. Benito Juárez, electo presidente constitucional, y deseándole un acierto completo.

Los pueblos, cansados de luchas civiles que sólo han producido su ruína, desean la paz y el orden. A

él toca proporcionarles esos bienes con que podrá consolidar su gobierno.

Ninguno de los presidentes se ha hallado en circunstancias más favorables para ejercer sin tropiezos el poder. Toca á él, pues, conducirlo por el rumbo de la prudencia, del bien de los pueblos y de la verdadera libertad que va asociada siempre á la justicia.

Dije en la introduccion de esta obra, que mi calidad de español, léjos de ser una condicion desfavorable para escribir la historia de Méjico, era, por el contrario, una garantía de imparcialidad, puesto que ella me ponía en la ventajosa posicion de poder juzgar desapasionadamente, y de apreciar, en su justo valor, los hechos de los hombres, por la analogía que existe entre el carácter mejicano y el español. «Libre de toda aspiracion á puestos elevados,» agregaba, «á que sólo tienen derecho en todo país los ciudadanos de él;» colocado en un punto culminante y neutral desde donde observar podía, sin la ofuscadora agitacion de las pasiones políticas, cómo se formaban y se extendían las apreciaciones apasionadas de los periodistas, nublando con los brillantes giros de sus valientes y persuasivas frases la luz reguladora de los hechos; viendo brotar mañosamente de sus elocuentes plumas los argumentos más convincentes, ya abogando con el irresistible brío de una elocuencia fascinadora por los hombres y las doctrinas de su credo político, ya dirigiendo inculpaciones escarnecedoras, impregnadas en un raudal de encono; pero diestramente ataviadas con el deslumbrante ropaje de la cautivadora sinceridad á los notables personajes de encontradas opinio-

nes á las suyas: cultivando con todos una amistad sincera y franca que me colocaba en la favorable posicion de poder apreciar debidamente las atrevidas pinceladas, rebosantes de colorido, con que en sus reñidas polémicas alcanzaban realizar sus principios políticos y las virtudes cívicas de sus prohombres; con una deuda de gratitud igual á la deferencia alcanzada de distintos personajes de los diversos partidos que se han sucedido en el poder, me he creído colocado en las circunstancias más favorables para poder extraer del centro de esas apasionadas contiendas periodísticas y de partido; de ese inmenso piélago en que se engolfan los hombres políticos para formar extensa y popular atmósfera á sus ideas, la sencilla verdad sin el atavío de la magia de un seductor lenguaje, y vestida con el modesto ropaje de la imparcialidad con que al escritor de conciencia corresponde presentarla.

»Español y vizcaíno, amo Méjico con la franqueza del primero y la firmeza constante del segundo; y esta es otra garantía para esperar que no miraré con mala prevencion á ninguno de los hombres que han figurado en el escenario político de la república mejicana.

»Si la historia es la sentencia dada por el escritor para que los contemporáneos y la posteridad juzguen de los hechos de los hombres que desempeñan un papel importante en ella, y el historiador es el que se constituye en juez para que su fallo sobre los personajes que juzga, sea un padron de infamia ó un certificado de honra inmerecida, que dure mientras duraren los siglos, indispensable es que abrigue una conciencia

»recta y un espíritu de verdad inquebrantable. Así su
 »fallo será pronunciado despues de un detenido exá-
 »men de los hechos; despues de haber pasado y sor-
 »prendido las razones que concurrieron para consu-
 »marlos; despues de ponerse en la época, en las cir-
 »cunstancias, en la posicion de los personajes que juz-
 »ga, y hasta en las ideas y preocupaciones de la época
 »en que figuraron en el escenario político.

»Obrar de otra manera sería exponerse á incurrir en
 »inexactas calificaciones, en equivocados juicios, en
 »apreciaciones apasionadas, con daño tal vez de la
 »honra y del buen nombre de alguno de los persona-
 »jes que presenta; honra y nombre que nadie como el
 »historiador, que es el juez de los hechos, debe procu-
 »rar no mancharlos sin razon, puesto que la mancha
 »que sobre ellos arroje, pasará de generacion en ge-
 »neracion, de gente en gente, hasta el último instante
 »de los tiempos.

»Con la firmeza de esta conviccion he trazado mi
 »presente obra.»

Esto dije en mi introduccion, y creo no haberme
 separado un sólo instante de la verdad, intencional-
 mente al ménos, sin la cual la historia sería un libro
 pernicioso en vez de instructivo y útil. Amante de esa
 verdad, me he detenido á manifestar las faltas á ella
 cometidas involuntariamente por diversos escritores al
 tratar de los asuntos de Méjico, apoyando siempre mi
 aserto en documentos irreprochables, para que el lec-
 tor conociese con exactitud los hechos.

Grandes defectos habrá en mi obra; pero no el de la
 parcialidad y la injusticia.

Mi pensamiento fué noble al escribirla: presentar á
 Méjico tal cual es y ha sido desde sus más remotos tiem-
 por hasta nuestros días.

La empresa era árdua y laboriosa. Desconfío de ha-
 berla llenado cumplidamente; pero aunque el resulta-
 do no haya correspondido á mi voluntad, me queda al
 ménos la satisfaccion de haber sido el primero en es-
 cribir la HISTORIA GENERAL DE MÉJICO.

El asunto era, sin duda, digno de plumas mejor cor-
 tadas que la humilde mía, y de hombres de reconocido
 mérito; pero no habiendo emprendido nadie ese traba-
 jo que requería una dedicacion asídna y larga, me atre-
 ví á acometerla, confiando únicamente en mi laborio-
 sidad y de ninguna manera en mi corta capacidad.

La obra la emprendí con empeñoso afan, y la he ter-
 minado con el mismo vigor que la empecé, sin que las
 dificultades hayan sido capaces de hacerme desmayar
 un sólo instante en mi penosa y larga tarea.

Cinco años han pasado desde que, provisto de todos
 los documentos necesarios, empezó á publicarse, hasta
 su terminacion, sin que en todo ese tiempo haya deja-
 do de escribir ni un sólo día, nunca ménos de nueve
 horas durante el verano, gracias á que he disfrutado
 constantemente de una salud completa.

Deseo que mi obra logre destruir las preocupaciones
 que en algunas naciones existen hácia Méjico, y que
 los escritores extrangeros formen un juicio exacto de su
 sociedad. Yo que la conozco; que sé las bellas cualida-
 des de ella; que he recibido multiplicadas pruebas de
 su deferencia, de su hospitalidad y de su atención há-

cia los hijos de otros países, no he podido nunca ver, sin profundo sentimiento, la injusticia con que, generalmente, se le ha juzgado.

Amé aquel país desde que traté íntimamente á sus hijos. Encontré en estos todas las bellas cualidades que, mal informados escritores de otras naciones, les negaban. En mi viaje de la capital al interior, hallé en la sociedad de la pintoresca villa de Leon, la más cordial acogida. En Guadalajara alcancé de su ilustrada y fina sociedad favores que nunca olvidaré, distinguiéndose entre las personas á quienes soy deudor de atenciones muy señaladas el honrado comerciante D. Simon Araujo y el sabio abogado y excelente literato D. Pablo Villaseñor.

No guardo ménos gratitud hácia los hijos de la culta ciudad de Oajaca. Siempre recordaré con grato reconocimiento un rasgo de generosidad con que trataron de honrarme poco despues de la lucha que sostuvo Méjico contra los Estados-Unidos. El excelente médico D. Juan Bolaños, persona muy apreciada en la capital de aquel Estado, me escribió una carta, diciéndome que varias personas de influencia, lo mismo que él, estaban dispuestos á nombrarme diputado al congreso general, si yo no tenía inconveniente en dejar mi ciudadanía de español. Mi contestacion fué darle las gracias y suplicar que se las diese igualmente, en mi nombre, á los que así me honraban con su confianza; pero que teniendo Oajaca hijos muy dignos, de notable capacidad para representar con más acierto que yo su Estado, no podía aceptar la generosa oferta que se me

hacía, percibiendo un sueldo de tres mil duros, que cualquiera de sus ilustrados hijos lo percibiría, prestando más acertados servicios que yo, por grande que fuese, como era, mi buena voluntad.

Mi afecto hácia Méjico era, lo mismo que es actualmente, desinteresado, franco, leal. Con el fin, pues, de desvanecer las injustas preocupaciones que en algunos países existen respecto de los habitantes de aquél, escribí y se publicaron las novelas históricas, descriptivas y de costumbres mejicanas, que tienen por título *El Capitan Rossi* y *El Mendigo*; una obra denominada *El Jarabe*, publicada tambien; otra novela igualmente histórica, descriptiva y de costumbres, que aún no doy á la prensa, pero que la daré en breve, titulada *Pobres, Medianos y Ricos*, y una série de artículos que en uno de mis varios regresos á España vieron la luz pública en 1857, en el periódico ilustrado *El Museo Universal*, que se publicaba en Madrid; y otros varios que, unidos á ellos, se hallan en la obra llamada *El Viajero Universal*, publicada en Madrid por la casa de Gaspar y Roig. El ministro plenipotenciario de Méjico cerca de la corte de España, Don José María Lafragna, que había ido á Madrid para arreglar las diferencias que había entre el gobierno de Méjico y el de España, me dijo que con mis artículos estaba prestando un verdadero servicio á Méjico.

Algunos años despues, volví á aquel hermoso país, y me dediqué á recoger todos los datos y documentos necesarios para escribir la historia general de él.

Yo lamentaba, al par que sus hijos, las guerras ci-

viles que destruían el país, y anhelaba la paz y la union de los mejicanos con todas las veras de mi corazon.

Proclamado el imperio por el partido conservador que creía encontrar en él la estabilidad de la paz y la ventura de los pueblos, presencié la lucha de los dos grandes partidos; burladas las esperanzas que las promesas de la Francia habían hecho concebir en los que veían en la monarquía una fuente de prosperidad para el país, y caer derrumbado el trono de Maximiliano.

Deseo que los gobiernos que sucedan al imperio acierten en su marcha, y que logren con una sabia y prudente política operar la union de todos los mejicanos, haciendo olvidar con las justas providencias que dicten, hasta la memoria de las antiguas rencillas políticas en que estuvieron divididos.

El hombre debe amar su patria sobre todas las otras, y despues de su patria, la patria de sus hijos, casi con igual vehemencia que la suya propia, como los hijos deben amar la patria de sus padres despues de la suya.

Yo me hallo en el primer caso respecto de Méjico. Anhelo el engrandecimiento, la prosperidad, la riqueza y el bienestar de aquel país, porque es la patria de mi esposa, de mis hijos.

El suelo que más amo, despues de España, es, pues, Méjico.

Dios haga feliz y grande, respetada y poderosa, rica y magnánima, á la patria de mis hijos y de mi esposa: á la nacion mejicana.



ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

Trabajo ejecutado expresamente por el distinguido geógrafo,
 Don Ant^o Garcia Cubas para la HISTORIA GENERAL DE MEXICO
 escrita por Don Niceto de Zamacois y publicada por los
 Sres. J. F. Párres & C^{ia}